

EL AMOR Y SU DEFORMACION MODERNA

POR

THOMAS MOLNAR

Seguramente no ha existido nunca en la historia una época que evoque a cada vuelta de esquina la palabra *amor*, así como sus sinónimos más o menos apropiados: fraternidad, cooperación, acuerdo, diálogo o voluntad de paz. Esta frecuencia es un signo de que estamos precisamente desprovistos de amor y que su evocación sólo produce en nuestros contemporáneos un sentimiento vago de vacío recubierto de numerosos «slogans». No hay que olvidar que es el siglo de George Orwell el primero que ha desenmascarado la significación manipulada de las palabras: he aquí la base de la gran mentira de la que habla también Soljenitsyn. ¿Será necesario, siguiendo el Newspeak del cual Orwell ha hecho el ministerio principal del régimen del «Gran Hermano», sustituir por *odio* la palabra *amor* pronunciada por nuestro siglo?

Mi intención es demostrar que la confusión actual entre amor y odio sólo es parcialmente una creación de un «ministerio del amor» cualquiera, tal como lo describe Orwell. Se trata más bien de dos concepciones diferentes y opuestas del amor, y de un deslizamiento (que esperamos provisional) de una a la otra. En esta óptica somos testigos de un cambio en la significación de los términos, cambio ilustrado, desgraciadamente, en numerosos casos del lenguaje común y, sobre todo, del lenguaje político, ideológico. El deslizamiento consiste en el abandono, yo diría casi del olvido, de la significación griega y cristiana, y de la adhesión a otra significación en la cual el amor no se dirige a una persona, sea divina o humana. Se trata de una *despersonalización* del amor que lleva en sí misma una contradicción.

Nuestro concepto occidental del amor está relacionado con dos

raíces: el *eros* de los griegos y el *ágape* de los cristianos. Hablando del primero, se tiene la costumbre de pronunciar el nombre de Platón y los títulos de sus diálogos: *Fedro*, *Symposion* y otros. El amor erótico se entiende entonces como el deseo que tiene el vacío de llenarse, el deseo del feo aspirando a la belleza, en fin, el deseo de la copia de acercarse al original. En los tres casos es el «pobre» que se eleva al «rico» lo que implica que el primero poseía ya, aunque sólo fuese en potencia, la capacidad de abarcar y asimilar el segundo. Entre otras cosas, toda nuestra pedagogía occidental se funda en esta capacidad de imitación y elevación, como lo demuestra Werner Jager en su obra *Paidea*.

Hay que hacer notar que esta concepción, que podemos llamar pura, del *eros* se ha degradado poco a poco en la filosofía griega: en Plotino, cinco siglos después de Platón, el erotismo desaparece para dar lugar a un misticismo poco matizado y frío: en el sistema plotiniano los seres diversos, emanaciones más o menos imperfectas a partir de la Inteligencia Primordial, serán, al fin, absorbidas en la Unidad, pero hasta que llegue ésto no podrán aspirar a un estado mejor que el que tienen. Su reabsorción en el Uno no es el resultado de un acto de deseo, de un acto erótico, de un acto de amor, sino de un automatismo inscrito en el mecanismo universal. Resulta así que el *eros* no tiene objeto, salvo entre algunos sabios como Plotino mismo, que alcanzan la fusión con el Uno y caen agotados.

La noción de *ágape* es el gran aporte cristiano a la dialéctica del amor. *Eros* es ascensional, sube de lo desprovisto al lleno completo, es el deseo de tocar, de ver, de sentir; el *ágape* desciende y se difunde, se entrega y hace vivir. Su mejor imagen es la creación por la cual Dios, contrariamente a la Unidad abstracta y aislada de Plotino, hace salir el ser de la nada, entrega su abundancia sin que él mismo disminuya, y diversifica (lo que Platón ya notó) su creación en una extraordinaria multitud de cosas que constituyen un conjunto armonioso, el cosmos. El *ágape* no contradice el *eros*, al contrario, los dos impulsos se encuentran en numerosos niveles. Cuando amamos deseamos hacer partícipes a los otros de nuestra esencia, nuestro ser, y esto en los dos sentidos; pues deseamos repartir la substancia del ser amado. La vida en sociedad está ella misma fundada sobre

este amor, pues la justicia, la educación, el embellecimiento del medio, cada una de estas empresas son una manera de distribuir la abundancia, de hacer de modo que de lo pobre surja lo rico.

El amor está así inscrito en nuestra esencia de criaturas, preside la investigación científica, la creación de las obras de arte; la fundación de instituciones, en una palabra, todas las etapas de la vida en común. El amor supremo sigue siendo entonces una especie de fusión, para el hombre del ágape y del eros: querer para nuestro prójimo lo que Dios quiere para él. No, repitémoslo, la absorción en la Unidad impersonal, según la doctrina de Plotino; no el aniquilamiento del deseo de vivir como en las religiones orientales, si no el completo desarrollo como criatura, la aventura personal, la imitación de la persona que es la fuente misma de la vida, que *es* la vida.

* * *

Si tal es el sentido del amor formulado y vivido en occidente, detectemos ahora el deslizamiento en dirección del otro sentido mencionado al principio. Este otro sentido está basado, primeramente, sobre un concepto diferente de la realidad, de la creación, de Dios y del hombre, y de sus relaciones. Ya hemos entrevisto en Plotino: el mundo no es creado, es una emanación bajo una especie de coacción ejercida sobre el Uno. Nada en este proceso es personal, el deseo de imitar no existe ni, por consiguiente, el eros. El ágape, que desciende y da sin agotarse, está reemplazado por una fría contemplación. El místico es el que contempla, pero no asciende a lo divino y si sirve de ejemplo a los hombres es como un atleta, admirado por sus azafías de renunciamento. La caridad, ni tampoco el amor, pueden tener sentido en este universo, esencialmente impersonal, frío, no erótico.

La estructura del pensamiento plotiniano nos permite sentir la del *universo ideológico* en el que estamos inmersos desde hace varios decenios. Pues he aquí la causa del deslizamiento de la noción de amor. La mayoría de las ideologías que abundan en nuestro siglo consideran el mundo como un lugar radicalmente malo, no solamente imperfecto, y, por lo tanto, reformable, sino irremediabilmente perdido: sea no creado (producto del azar), sea creado por un genio

malo, casi diabólico. De pronto nos damos cuenta que el hombre en el mundo de la ideología no es una criatura, no existe por encima de él una providencia, lleva su sentido en sí mismo, no es responsable de nada ni de nadie. Ama u odia, según que el objeto satisfaga o no sus necesidades. Reconocemos aquí el mundo del Amo y del Esclavo que propone Hegel en su esfuerzo por explicar el sentido de la historia. Y como en el esquema hegeliano la sociedad es un artificio, todo en la sociedad —educación de la juventud, embellecimiento de la ciudad, la concordancia de las instituciones bajo el bien común—, todo es la proyección del miedo, del odio, de la voluntad de sobrepasar a los otros, pues si no serán ellos quienes me matarán. En contrapartida de este universo monstruoso, la ideología —hegeliana, roussoniana, marxista o sartriana— nos invita a trabajar por un porvenir en el cual todos los males serán enderezados, por una utopía acrónica, no temporal. Todo es oscuridad aquí, todo será luz allá. En espera de esto, el que busca hacer el mundo actual habitable, mejor y más bello, prolonga por esto un lugar esencialmente criminal e insoponible. «No tenemos derecho, escribe Sartre, de crear obras bellas en este mundo tan horroroso donde el hombre explota al hombre». «No es todavía el mundo en el que el ser y el parecer coinciden», decía Ernst Bloch. Estas palabras emanan de ideólogos a los ojos de los cuales el mundo es un monstruo, esperando que se vuelva angélico. El amor se considera para más tarde, para el momento utópico en el cual, según Bloch, Dios surgirá de la esencia todavía no desarrollada del hombre. En una palabra, el mundo, tal y como es, resulta, para el punto de vista del ideólogo de la utopía, una negatividad; sólo existirá plenamente en el porvenir en el cual el hombre será su propio dios.

Por consiguiente, en oposición al cristiano, el ideólogo traslada el reino del amor y la autorización de amar a un estado de cosas futuro, y en espera de esto queda circunscrito a la entidad en la cual se reconoce la fuerza motriz de este porvenir: partido político, raza, Estado totalitario, historia, evolución bio o psicológica. El *no ama*, tiene para los otros lo que Sartre llama «la mortal solicitud»; es decir, la voluntad de hacer que los seres humanos se conformen, si hace falta, por medio de masacres, purgas y torturas, al tipo ideal pro-

yectado en el porvenir. Comprendemos entonces las declaraciones de Ieng Sary, ministro de asuntos exteriores de Camboya, cuando declara que si no hubiese tenido lugar la invasión de su país por los vietnamitas, la población hubiese conocido la abundancia en 1980. ¡Esto después de la exterminación de dos millones de camboyanos, siguiendo la política anunciada por el equipo dirigente, según la cual bastaría con un millón de comunistas duros y puros para reconstruir la nación!

Ieng Sary y sus cómplices, ¿aman al pueblo camboyanos? Es evidente que su amor se dirige no al pueblo tal como es, sino tal como debería ser. El ágape y el eros no tienen curso y la solicitud mortal que usurpa su lugar está hecha de odio, de combate (dialéctica), de violencia y de brutalidad erigida en sistema. Esto está en la naturaleza de las cosas, pues el ágape y el eros sólo son concebibles por el reconocimiento de Dios por encima de los hombres, en tanto que es persona buena por esencia. Los líderes de Camboya, así como los otros ideólogos, se consideran dioses, omniscientes y omnipotentes, pero como, al fin y al cabo, tienen pasiones humanas, disponen de sus súbditos según un simulacro de amor, en el cual el eros y el ágape aparecen como caricaturas.

Esto resulta evidente cuando nos damos cuenta de que el amor, en lugar de ser difundido, compartido y multiplicado, resulta monopolio de estos dioses humanos reinantes. Solo se reconoce y se autoriza una especie de amor: el del líder por sus súbditos robotizados y el de éstos por él. Todas las formas de amor son abolidas: la de los amantes, de los padres para sus hijos, de los asociados en una misma empresa, y también el amor para con ideas distintas de las que están aprobadas y proclamadas oficialmente. En Camboya, no hay ni familia, ni educación de los niños, exceptuando las canciones y los «slogans» comunistas, y en los países comunistas, en general, no hay instituciones distintas de la voluntad del líder y los vastos proyectos que tienen como finalidad la transformación de la naturaleza humana, si es necesario por la esclavitud y el exterminio. El amor se convierte en odio, aunque continúe llamándose amor. Si fuese capaz de ello, el líder absorbería la población (por lo menos lo que queda después de las purgas); pero como esto es imposible, reduce su nú-

mero a un mínimo manipulable formado y educado a su imagen ideológica.

Esta actitud se justifica por la suposición de que el mundo, tal y como es, estropeado, desfigurado por el egoísmo, la explotación, las pasiones y otros males, no es digno de amor, y las personas que forman parte de él son, también ellas, intrínsecamente perversas; sea porque son producto de condiciones corrompidas (la tesis de Marx), sea porque son criaturas del Príncipe de las Tinieblas (el lenguaje del gnosticismo antiguo). El ejemplo camboyano ilustra esto una vez más: los habitantes que han estado en contacto con el exterior —médicos, maestros o comerciantes que vendieron sus mercancías o sus servicios— fueron los primeros exterminados, antes que las otras categorías. Este exterminio ha sido inspirado por la «mortal solicitud», pues permitía la preservación del «buen grano». Por consiguiente, no los individuos, sino la humanidad colectivamente, es el objeto del amor, por lo menos la parte de la humanidad accesible al líder. La muerte y la solicitud van paralelas: una parte de la humanidad es sacrificada para que los elegidos puedan entrar en la luz del amanecer.

El amor, tal como lo hemos definido, hecho de ágape y de eros, se encuentra descompuesto y degradado. Hemos visto que el ágape, el amor cristiano, es abolido, junto con el rechazo de la creación divina y de todo lo que constituye el corolario, la bondad de lo real. En el mundo rehecho, que es un artificio de los ideólogos, el amor no es ágape, es pasión dirigida a la abolición de todas las otras pasiones, empezando por las relaciones humanas; a éstas se las sustituye por un supermecanismo, fácilmente controlado, porque carece de cambios y está desprovisto de emociones. Este «nuevo sentimiento» —que no se puede llamar amor— está fundado sobre el odio a la creación y a la condición humana, encuentra su razón de ser en el mundo postulado del porvenir. Pero este mundo es una imposibilidad ontológica, cuyos habitantes, finalmente seres humanos, no podrían ser reestructurados ni en los bosques de Camboya ni aun en los cursos universitarios de occidente. El ideal preconizado no se acerca al ideal, el «mundo nuevo» escapa siempre a sus persiguidores ávidos y obstinados. Su solicitud no es, en el fondo, sino odio con

respecto a este material humano pasivo que son incapaces de transformar.

Si el ágape es abolido y transformado en su contrario, no ocurre lo mismo con el eros. El ágape significa la relación con Dios; una ideología atea puede pretender durante cierto tiempo reemplazar el amor divino por un proyecto gigantesco que impresiona a la población y suscita entusiasmo. Por ejemplo, «construir el socialismo»; «unir el proletariado». O un estado de cosas equívoco se establece, en el cual un hombre reclama para él el estatuto divino y reina en nombre de valores cristianos pervertidos. Es el caso de Thomas Munzer que combina, en el siglo XVI, el fin escatológico de la historia y la revolución terrestre. Ernst Bloch y Rosa Luxemburgo encontraron en la figura de Munzer el primer revolucionario en el que se fusionan el elemento evangélico y el elemento marxista.

El ágape es eminentemente divino, y las falsas tentativas de «humanizarlo» acaban siempre en catástrofe. El eros, por otra parte, es eminentemente humano, es la tensión hacia los otros, a menudo por el intermedio de objetos y de creaciones del espíritu o de la imaginación. El poema del amante o un ramo de flores, pero también una catedral o una sinfonía son mediadores en las relaciones humanas, lo que muestra, además, que el «erotismo» es una relación empobrecida en las relaciones en las que figura el eros. Es evidente que el espíritu del ágape ha penetrado en el eros de los griegos en el curso de los siglos cristianos, de modo que el eros es para nosotros inconcebible sin que se convierta en erotismo, y luego en pornografía. El eros y el ágape figuran en los momentos mejores de la Hélade, en los diálogos de Platón especialmente, donde Alcibiades y Sócrates son atraídos uno al otro por el eros, pero, de parte de este último, por el deseo de hacer beneficiar al joven de sus conocimientos y elevarlos a sabiduría.

Allí donde reina la ideología, eros está privado de ágape, se convierte en grosero y brutal, no buscando más que su propio interés. En otras palabras, las relaciones humanas están entonces coloreadas por la sola voluntad de sobrevivir y la sociabilidad se convierte en violencia. Las personas quedan sumergidas en la atmósfera sartriana, en la cual «el enemigo es el otro» y su sola presencia es interpretada

como una amenaza. En tanto que individuo, el ser humano se sumerge en el solipsismo, y en tanto que miembro de la sociedad, la bestia prevalece, lo que despierta la violencia sexual, el miedo al vecino y la lucha permanente para subyugar *al otro*. No es una coincidencia si en el plano de la filosofía contemporánea Sartre no ha podido redactar nunca su tratado de moral, prometido desde el principio, Nietzsche no encuentra lugar para la ética de este lado del superhombre, Heidegger es incapaz de vencer la angustia, Wittgenstein excluye toda posibilidad de un discurso racional sobre la moral. No es una coincidencia tampoco si la actividad diaria de los miembros del Partido en el régimen comunista está llena siempre por el imperativo de «luchar»: destruir el enemigo de clase; entrar en concurrencia para llenar el cupo de producción; combatir lo que sobrevive de la mentalidad burguesa, y así sucesivamente. El lenguaje totalitario está salpicado de términos militares, síntoma de que la erótica se ha convertido en una fuerza negativa: cada uno ve un lobo en el otro, según la fórmula de Hobbes, aplicada a los seres humanos salvajes antes de la firma del contrato social.

Es característica del ideólogo la de no creerse obligado a amar a sus prójimos —aun en el caso que les traiga, al parecer, progreso y felicidad—, sino que ama sólo abstracciones tales como el Partido, y a sus ojos las denuncias a sus padres y amigos son consideradas como una virtud.

Orwell tenía una intuición segura de la erótica en las sociedades dominadas por la ideología: los amantes hacen el amor desesperadamente en una habitación pequeña, que creen está escondida a toda vigilancia, mientras que todo lo que les rodea es frío, indiferente, hostil, siendo considerado el amor mismo como el acto antisocial por excelencia. En un régimen ideológico no se tiene derecho a una vida privada, a tener sentimientos, a formar relaciones de afecto, pues cada instante, cada pensamiento o emoción, fuera de la vigilancia del Partido, y no orientado hacia el «futuro resplandeciente», es sospechoso, por constituir una partícula incalculable, a partir de la cual podría surgir una partícula de libertad.

Tomando, quizás, la novela de George Orwell como modelo, el ruso Alejandro Zinoviev concreta un mundo sin amor a partir de

sus experiencias en el seno de la jerarquía política y académica (las dos coinciden) de la sociedad soviética. La diferencia entre Zinoviev y los otros escritores de la disidencia, es que en su óptica esta sociedad es una sociedad «natural», en el sentido de que el amor no está presente de ningún modo: el principio político que domina es el *bellum omnium contra omnes* de Hobbes. Según el autor, he aquí el modelo de sociedad que sería la norma entre los hombres si el ser humano fuese sólo el producto de la planificación social y si existiese en un medio en el cual las amenazas y peligros de todos los instantes, aun las amenazas y peligros institucionalizados, estuviesen suspendidos encima de su cabeza. El escritor polaco Adam Michnit habla a este respecto de la «sociedad soviética», donde la significación de las palabras ha sido destruida, y en la cual está prohibido a los hombres fomentar reflexiones no oficiales con respecto a su vida pública o privada. El talento del novelista logra crear el contraste entre la sociedad normal y la sociedad ideológica: en 1984 queda un rincón tolerado a los viejos disidentes que juegan al ajedrez cada tarde bajo un viejo castaño: en el *Porvenir radiante*, de Zinoviev, existe, más allá de las intrigas del Partido y de las traiciones de los amigos, una vieja traperera indiferente a la lucha feroz para la supervivencia ideológica, pues había reducido su existencia a lo estrictamente mínimo. He aquí un comentario terrible sobre un régimen que supuestamente debía traer la felicidad a una sociedad sin odios de clase, pero en la cual sólo los marginados son capaces de reservarse un metro cuadrado de libertad individual. Sin embargo, aquí también el amor es una cantidad desconocida y, de todos modos, ilegal.

* * *

¿Qué se puede aprender sobre el amor a partir del tema en contrapunto del odio como mortal solicitud? Primero, que la combinación del eros y del ágape comprende la totalidad del amor, las dimensiones horizontal y vertical, por lo menos cuando algunas otras formas de amor: el del místico, del martir y del santo, son excluidas de esta formulación porque son superiores. En segundo lugar, nos damos cuenta que el eros, en tanto que tal, amor exclusivamente

humano, no es suficiente, pues se convierte con facilidad en agresividad, violencia y explotación egoísta del otro. El dinamismo erótico, por el cual el sujeto tiende hacia el mundo, tiene necesidad de ser moralmente guiado para liberarse del *ego*. En este sentido se debería ampliar el dicho aristotélico: el animal político debe ser «animal moral», igualmente, para que pueda insertarse en la sociedad de sus semejantes, es decir, para que comprenda la necesidad de restringir lo dinámico, por naturaleza incontrolado, de su eros.

Nuestra tercera consideración con respecto al amor se refiere a su interpretación de los filósofos desde Kant. Con la excepción de algunos raros pensadores modernos, la tendencia general ha sido de poner el acento sobre la dimensión social y política del amor, lo que está caricaturizado en el credo de Kwameh Nkrumah, primer presidente de Ghana: «Basta con conquistar el reino político, el resto se os dará por añadidura», versión pervertida del mensaje de Cristo. Esta politización del amor conduce lógicamente a la noción de «solicitud mortal» en la cual el amor es absorbido por la política, y ésta es concebida como una ferocidad sin límites. Más tarde, los existencialistas se han rebelado contra esta noción empobrecida del amor, pero de Kierkegaard hasta Martin Buber no han tenido éxito: aquél fue incapaz de enraizar el ágape en la inteligencia divina, mientras que Buber no ha dejado lugar a la erótica. La relación en el entre el *tú* y el *yo* olvida la función mediadora de los objetos entre Dios y el hombre, limitando así el amor a los raros instantes de una elevación casi mística. Henos aquí de vuelta a Plotino y su negación de un mundo real y glorioso en sí, que tiene su parte de la abundancia divina.

Kierkegaard escribió en algún sitio: «Del mismo modo que un lago tranquilo cuyas aguas están nutridas por fuentes invisibles, el amor del hombre tiene sus raíces en el amor de Dios. Si no hubiese fuentes en las profundidades, si Dios no fuese amor, ni el pequeño lago ni el amor del hombre existirían». El pensador danés no tenía la costumbre de poner sobre un papel sus ideas banales. Este pasaje evoca la idea de que hay que comprender que el amor es algo más que el sentimiento recíproco entre los hombres, y que hay que incluir el principio por el cual existe una sociedad. Esto no es hoy evidente

inmediatamente, pues nuestros contemporáneos ven como principio de la sociedad la lucha de clases, la militancia política, los conflictos y las revoluciones. Nadie piensa en negar estos hechos, pero no por esto es menos verdadero que la *sociedad*, en tanto que tal, está fundada sobre la necesidad racional que tienen los seres humanos de acercarse entre sí, de ser solidarios, de desarrollarse en el seno de la comunidad. Rechazamos la tesis positivista según la cual los individuos son átomos que se reúnen en grandes agregaciones, del mismo modo que se unen las partículas en conjuntos más grandes. Entre los seres humanos incluso las fuerzas que les unen de una manera mecánica son conscientes, queridas y penetradas de emoción. En otros términos, la sociedad, las instituciones del Estado, están fundadas sobre la razón, sobre la justicia y sobre la caridad, al fin de cuentas sobre su origen común.

En nuestros días, sobre todo, percibimos esta verdad en el espejo deformante de los regímenes totalitarios. En último análisis es el amor el que prescribe a los regímenes no totalitarios el deber de trabajar para la conciliación entre el completo desarrollo personal y la coexistencia comunitaria, porque en estos regímenes sobrevive siempre la idea de que el individuo y la sociedad son creación divina. Además, la sociedad no totalitaria reconoce al individuo como valor básico para el servicio del cual el mismo Estado ha sido creado. Finalmente, la sociedad no totalitaria tiene como evidente que el pasado y el presente están ligados orgánicamente —por la vía de la tradición, de la memoria común, de la continuidad de las leyes— y que el presente no debe ser sacrificado por un porvenir siempre problemático; el pasado, además, no debe ser reescrito según las reglas subversivas del *Newspeak* orweliano en nombre de un pretendido imperativo de la actualidad.

Una sociedad que no observa estos principios está fundada sobre el odio al hombre, a la realidad y al tiempo. Los líderes ideólogos manipulan estas tres cosas. El resultado es la mentira denunciada sin cesar por algunos críticos: la mentira con respecto a la naturaleza humana, la estructura del ser y la historia. El objetivo último de los que desfigura la imagen del hombre concebido en el amor, es el de mentir acerca de la creación.